

La diversidad de los refugiados en las Américas

© ACNUR/VERNEY



Mujer indígena en Soacha, un suburbio de la capital colombiana de Bogotá, a cientos de kilómetros de su hogar en Choco. Tuvo que huir de la violencia.

Wiber tenía 16 años cuando enfrentó la presión de tener que unirse a uno de los grupos armados irregulares de Colombia. Por temor a su vida y la de sus hermanos menores, sus padres tomaron una decisión que habían estado postergando durante años. En unos pocos días, la familia huyó y cruzó la frontera en

busca de seguridad en Ecuador.

Angele no conocía a nadie cuando llegó a Argentina procedente del Congo. Ella venía acompañada de un hijo pequeño y un compañero violento. Su vida como refugiada fue tan difícil que incluso intentó suicidarse. Con la ayuda del ACNUR, ella ha reconstruido su vida, en gran medida gracias a un pres-

tamo que le permitió echar a andar un pequeño negocio.

A los 13 años, Lola huyó a México, luego de sufrir de abuso sexual durante años en Guatemala. Ella fue reconocida como refugiada y hoy vive en un centro para menores no acompañados.

Cada una de los cuatro millones de personas que se encuentran bajo el mandato del ACNUR en las Américas tiene una historia distinta. Sus historias reflejan las diferentes experiencias que obligan a las personas a desplazarse y a estar en el exilio. La variedad de experiencias conllevan distintas necesidades, distintas habilidades y recursos, y distintas esperanzas sobre el futuro. Esta diversidad de experiencias en materia de refugiados exige al ACNUR ser flexible en sus prácticas de trabajo.

“No existe una única solución que sirva para todos”, expresó Philippe Lavanchy, Director de la Oficina para las Américas del ACNUR. “Si bien se puede decir lo mismo en todas las partes del mundo, las experiencias de los refugiados en las Américas resultan particularmente diversas. Una niña afgana que se ha reasentado en Canadá no requiere de la misma ayuda que un niño indígena desplazado por la violencia en Colombia. Un joven refugiado congoleño en los Estados Unidos de América quizás cuente con oportunidades que podrían no estar presentes para una refugiada colombiana de edad avanzada que se encuentra en Venezuela. Si queremos realmente brindar ayuda, debemos tomar en cuenta estas diferencias”.

En los últimos años, el ACNUR ha venido revisando la forma en la que trabaja con los refugiados, prestando especial atención al impacto que sus programas tienen en los individuos según su género, edad y perfil.

De conformidad con el marco conocido como “Transversalidad de Género, Edad y Diversidad”, el ACNUR busca activamente la participación de los refugiados en el diseño e implementación de sus políticas. El objetivo fundamental de la transversalidad consiste en garantizar que todos los refugiados puedan disfrutar en igualdad de sus derechos. En las Américas, el personal del ACNUR está involucrado en un diálogo estructurado con los refugiados, basándose en programas e iniciativas ya existentes para lograr esta meta.

El conflicto colombiano

Con más de dos millones de desplazados internos, Colombia ofrece una imagen conmovedora del gran número de formas en que el desplazamiento forzado y el exilio pueden afectar a las personas. Después de más de 40 años de conflicto armado interno, casi todos los grupos sociales han sido afectados: hombres y mujeres, niños y ancianos, agricultores e intelectuales. Algunos grupos, sin embargo, se encuentran en mayor riesgo: entre ellos, las minorías étnicas en Colombia, en particular la población indígena.

Según la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), tan solo en el año 2005 cerca de 22.000 indígenas fueron forzados a abandonar sus hogares. Las comunidades indígenas a menudo viven en áreas remotas, con sus idiomas, culturas y tradiciones propias. El ACNUR en Colombia pronto se dio cuenta que la única manera efectiva de ayudar a estas comunidades consiste en fortalecer las organizaciones indígenas y posibilitar que ellas mismas definan sus problemas e implementen las soluciones.



© ACNUR/VERNEY

Niño indígena del grupo indígena Embera en Choco al noroeste de Colombia

En el año 2004, la organización indígena local CAMIZBA alertó al ACNUR sobre el elevado número de jóvenes en comunidades remotas en la región del Chocó que estaban suicidándose. El ACNUR y CAMIZBA se reunieron para desarrollar un proyecto conjunto para que personas indígenas de las propias comunidades ayudaran a los jóvenes que enfrentan algún tipo de angustia emocional. El número de suicidios ha disminuido constantemente desde que inició el proyecto, a pesar de que los jóvenes todavía experimentan mucha presión externa.

“Los grupos armados se encuentran por todos lados”, manifestó un joven cuyo hermano se suicidió. “Ellos nos impiden ir a la selva o acercarnos al río, por lo cual no tenemos nada que comer. Nuestros padres y abuelos solían cazar en estas selvas”, explicó el joven, mientras apuntaba a la densa jungla que rodea la comunidad. “Para que un niño se convierta en hombre, tiene que cazar y conseguir comida para su familia. Sin embargo, ahora no nos

dejan hacerlo. Por eso es que estamos angustiados”.

A los jóvenes rara vez se les considera como un grupo vulnerable. No obstante, en Colombia ellos se encuentran entre quienes enfrentan un riesgo mayor de ser víctimas del conflicto. No sólo es frecuente que enfrenten amenazas y actos de violencia física, sino que los jóvenes son presionados para que se unan a uno u otro grupo armado irregular. Ulises, otro joven indígena que vive en una de las comunidades amenazadas del Chocó, tiene una explicación muy clara sobre el alto número de suicidios entre la juventud.

“Ellos llegan a nuestras comunidades –un día son las guerrillas y el día siguiente son los paramilitares. No existe ninguna diferencia. Ellos buscan que uno se les una, por lo que los jóvenes reciben muchas amenazas. A veces, cuando ellos le dicen a uno que lo quieren matar, uno piensa que es mejor quitarse uno mismo la vida que esperar que ellos lo hagan”.



© ACNUR/SMITH

Desplazados internos colombianos. Un grupo de jóvenes apoyados por el ACNUR realiza una danza que cuenta la historia de la desaparición de un joven en manos de un grupo armado - una amenaza real para muchos jóvenes en Barrancabermeja.

El contexto regional: soluciones específicas

La presión que viven los jóvenes para unirse a algún grupo armado irregular constituye no sólo un factor importante para el desplazamiento interno, sino que también es una de las mayores causas para que familias enteras huyan del país.

Wiber tenía 16 años cuando llegó a Lago Agrio, un pequeño poblado ecuatoriano, ubicado a unos 14 kilómetros de la frontera con Colombia. Siendo el mayor de 8 hermanos, él se siente responsable de que su familia haya salido de su comunidad en el Putumayo, del otro lado del río, en territorio colombiano. El Putumayo es una de las regiones de Colombia más agitadas. En repetidas ocasiones a lo largo de los últimos cinco años, la familia tuvo que huir hacia Ecuador para escapar de la violencia. En cada oportunidad, ellos retornaron al Putumayo luego de días

o incluso semanas, tan pronto como la situación había vuelto a la calma. Sin embargo, luego de lo ocurrido hace poco más de un año, ya no están considerando regresar.

“Uno de mis amigos se les unió”, explicó Wiber, haciendo referencia a uno de los grupos armados irregulares que se encuentran activos en el Putumayo. “Él habló conmigo sobre su decisión y me dijo que yo también debería unirme al grupo. Yo lo estuve pensando e, incluso, le comenté a mi padre que tal vez unirme a ellos era lo correcto. Él se enojó mucho y me dijo que debería sentir vergüenza de pensar de esa forma”.

El padre de Wiber recuerda ese día con gran claridad debido al intenso temor que sintió por el futuro. “Mis tres hijos mayores son varones”, expresó, “y en el momento en que Wiber habló conmigo, yo supe que no podríamos quedarnos. Nos habíamos esforzado tanto a lo largo de los años para que las cosas resultaran bien, pero sabía que

no podía tomar el riesgo de ver a uno de mis hijos unirse a los grupos que han hecho nuestra vida tan difícil”.

Una semana después, la familia huyó a Ecuador. Esta vez, para no regresar. Con el apoyo del ACNUR, el padre de Wiber tuvo acceso a una parcela de tierra y recibió un microcrédito de un banco comunal, el cual es administrado conjuntamente por ecuatorianos y colombianos.

“Esto ha sido de gran ayuda para mi padre”, expresó Wiber. “Él cultivaba la tierra en Colombia y el poder trabajar en lo que él sabe hacer ha permitido que se sienta nuevamente como en casa”. Cada parte del jardín se encuentra dividida por lajas decoradas por Wiber. Su piedra favorita muestra una casa en medio de un amplio jardín – “nuestro hogar en Colombia”, manifestó.

“Los programas de microcrédito son un ejemplo práctico de lo que significa la participación de los refugiados”, explicó Marta Juárez, Representante del ACNUR en Ecuador. “Los refugiados elaboran sus propias propuestas sobre lo que requieren y cómo van a hacer para que su negocio funcione. Los préstamos son asignados según la experiencia con la que cuentan los refugiados, así como sus recursos y habilidades. No existen dos créditos que sean iguales”.

Se busca que al menos la mitad de todos los microcréditos beneficien a las mujeres refugiadas, con prioridad a aquellas que son jefes de familia y única fuente de sustento. El exilio y el desplazamiento interno convirtieron a muchas mujeres en jefes de hogar – en algunas ocasiones debido a que perdieron a sus compañeros producto de la violencia, o porque su familia se ha separado, o debido a que con frecuencia resulta más

fácil para las mujeres refugiadas que para sus esposos conseguir un empleo, cualquier tipo de empleo, para mantener a la familia—.

Para estas mujeres, los microcréditos constituyen una muy valiosa oportunidad. En el tanto permiten mantener unidas a las familias y evitan trastornos adicionales en la vida de los refugiados, los microcréditos permiten proteger no sólo a las mujeres, sino también a sus hijos.

Un mosaico de enfoques diferentes

Entre los distintos grupos que se encuentran bajo el mandato del ACNUR, los niños son quizás los más vulnerables. Entre ellos, los niños que han sido separados de sus familias son los que enfrentan los mayores riesgos de ser explotados, o ser víctimas de la violencia y el trauma psicológico. La reunificación familiar es el principio rector del ACNUR en su trabajo con los menores no acompañados —sin embargo, no siempre resulta posible de lograr—.

Cada año, cerca de 7.000 niños llegan solos a los Estados Unidos de América. Los menores no acompañados que cruzan por una frontera son puestos en centros de detención, donde aquellos que deciden presentar una solicitud para el reconocimiento de la condición de refugiado deben aguardar a que se tome una decisión sobre su caso. Se espera que un nuevo proyecto de ley sea discutido en la Cámara de Representantes para lograr proteger a estos niños, muchos de los cuales no tienen acceso a la asesoría legal. El año pasado, la Embajadora de Buena Voluntad del ACNUR, Angelina Jolie,

fundó un centro nacional para garantizar que los niños cuenten con la debida asistencia legal en el marco de los procesos judiciales en materia de migración.

En Canadá, donde la Ley de Inmigración y Protección de Refugiados permite que los niños sean puestos en detención sólo como último recurso, el ACNUR ha colaborado a formar un listado de maestros voluntarios que brinden tutorías a los niños. La idea consiste en brindar la posibilidad a los niños que se encuentran en detención de continuar con su educación, mientras aguardan una decisión en relación con su solicitud de asilo.

En México, el problema de los niños no acompañados que solicitan el reconocimiento de la condición de refugiado se encuentra estrechamente vinculado con el tema de la inmigración irregular con rumbo al Norte. Tan solo se puede especular cuáles son las cifras reales, pero entre los flujos de migrantes irregulares es claro que se encuentran niños que requieren de protección

internacional. El ACNUR se encuentra trabajando en estrecha colaboración con las autoridades mexicanas para lograr identificar a estos niños y poder brindarles la protección que requieren.

En cada país, los desafíos que presenta el problema de los menores no acompañados que solicitan asilo deben ser enfrentados con enfoques diferentes. Lo mismo se puede decir de cada grupo de refugiados y desplazados internos en las Américas: los refugiados de edad avanzada; las mujeres refugiadas que crían solas a sus hijos; o los jóvenes desplazados internos que se encuentran en riesgo de ser víctimas del reclutamiento forzado. No se puede enumerar definitivamente a todos los grupos en riesgo. Sin embargo, el ACNUR tiene el reto de permanecer lo suficientemente flexible y con un enfoque creativo para brindar soluciones adecuadas a los millones de personas que se encuentran bajo su mandato. ■

Por Marie-Helene Verney en Ginebra

Desplazado interno colombiano en la aldea de Napipi cuenta con el apoyo del ACNUR.



©ACNUR/HEGER